

De él, desde él – Notas sobre la intersexualidad

SAN ROMÁN, Edgardo Ariel / U.N.P.A. – U.A.R.G. – ariel.sanroman@hotmail.com

Eje: El dispositivo persona y la reificación del cuerpo Tipo de trabajo: ponencia

» Palabras claves: intersexualidad – discurso médico - ética

» Resumen

Históricamente, el campo de la intersexualidad era una problemática de género, ya que se le exigía al sujeto intersex definirse por uno de los dos géneros hegemónicos y sostenerlo por el resto de su existencia. Toda ambigüedad, traspaso o transgresión eran sancionadas y castigadas. Cuando el discurso médico no sólo toma bajo su amparo la intersexualidad, sino que se autoriza a modificarla quirúrgica y hormonalmente, produce su desplazamiento al interior del debate sobre la ética.

Si tomamos en cuenta las elaboraciones de Lacan sobre la ética, en tanto ésta “*se articula, por una orientación del hombre hacia lo real*” (1959), podemos pensar que el discurso médico se erige como un Amo que dictamina dicha orientación en su intento de trazar el mapa anatómico ideal. Es decir, el diseño de una superficie sin ambigüedades, circunscripta a una de las dos categorías binarias del sexo, para la instalación sin ambages del género (igualmente) ideal. Resuena aquí, la frase de Freud “*la anatomía es el destino*” (1925). Aforismo que, al ser tomado como égida del discurso médico, no se puede dejar de señalar que, al enunciarla, estaba parafraseando a Napoleón I.

La propuesta es retomar dos obras cinematográficas argentinas, cercanas entre sí, “*XXY*” (2007, de Lucía Puenzo) y “*El último verano de la Boyita*” (2009, de Julia Solomonoff), y ponerlas en tensión con el testimonio de Mauro Cabral (sujeto intersex) expuesto en el libro “*Interdicciones – Escritura de la intersexualidad en castellano*” (2009). El objetivo, es intentar dar cuenta cómo el descentramiento, producido por el discurso médico, es tratado en los dos films y en la experiencia de Mauro Cabral.

En tanto un hay un cuerpo traumatizado, se intentará poner en evidencia la distancia cuando se habla de él y cuando se habla desde él.

» Presentación

Comencemos definiendo al intersexual como aquél “*que haya nacido con un cuerpo sexuado distinto al promedio femenino o masculino, y en particular quienes fueron sometidos a intervenciones médicas para corregirlo, y quienes han sido violentados por el maltrato familiar, social e institucional de esa*

distinción” (Cabral, M., 2008, p.117). El cuerpo intersexual encarna una diferencia entre otras, no la de género, no la de las identificaciones, sino la diferencia corporal sexual. Apelando a esta definición, se evita caer en la tendencia de hacer de la intersexualidad una incumbencia biomédica, donde los conceptos de “*pseudohermafroditismo*”, “*hermafroditismo verdadero*”, “*síndrome*”, “*trastorno*”, “*ambigüedad*” imperan. Categorías que conllevan, en su lógica patologicista, a una rectificación de la misma.

Históricamente, el campo de la intersexualidad *era* llevada una problemática de género, ya que se al develarse dicha condición, el saber médico realizaba un dictamen sobre qué sexo prevalecía sobre el otro, y se le obligaba al sujeto intersex adecuarse a él y sostenerlo por el resto de su existencia. Toda ambigüedad, traspaso o transgresión eran sancionadas y castigadas. Posteriormente, el discurso médico - gracias a los avances en la técnica- se autoriza a modificar quirúrgica y hormonalmente el cuerpo intersex, produciendo su desplazamiento al interior de los debates sobre la ética.

Si tomamos en cuenta las elaboraciones de Jacques Lacan sobre la ética, en tanto para el psicoanálisis ésta “*se articula, por una orientación del hombre hacia lo real*” ([1959], pág. 21), es decir, por los modos singulares de gozar de un cuerpo, podemos pensar que el discurso médico se erige como un Amo que dictamina y diseña dicha orientación en su intento de trazar el mapa anatómico ideal. Es decir, desde su lógica, el diseño de una superficie *sin fisuras*, circunscripta a una de las categorías binarias del sexo, para la instalación, en un segundo momento, del género (igualmente) ideal. Una identificación *genérica* correcta. Se manipula la materialidad del cuerpo, para que dicha identificación se instale *sin complicaciones*. De allí la urgencia médica/jurídica de realizarla lo más temprano posible, antes que los procesos de identificación sexuada se realicen. Identificación que se reduce a una operación cognitiva simple, reforzada por el Otro, donde se resuelve por una anatomía, excluyendo el mapa erótico. Por ello, ese desplazamiento es paradójico, ya que para dicho discurso sigue siendo una problemática de género.

Vamos a retomar dos obras cinematográficas argentinas, cercanas entre sí, “*XXY*” (2007, de Lucía Puenzo) y “*El último verano de la Boyita*” (2009, de Julia Solomonoff), para ponerlas en tensión con los aportes que Mauro Cabral (sujeto intersex) realiza en el libro “*Interdicciones – Escritura de la intersexualidad en castellano*” (2009). Para detectar cómo el descentramiento, producido por el discurso médico, es tratado en los dos films y en la experiencia de Mauro Cabral., y analizar la distancia que se produce cuando se habla de él y cuando se habla desde él.

En las películas aparecen tres personajes intersexuales, que podemos poner en serie según el grado de *intervención de diseño forzado*¹ por parte del discurso médico. Los dos primeros, provienen de la película “*XXY*”: Juan, personaje periférico, que ha sido intervenido quirúrgicamente en varias ocasiones para

¹ Lo que se conoce como “*normalización forzada*”; esta categoría adolece de poner el énfasis en el forzamiento, sin cuestionar la *normalización* de un cuerpo que a priori se lo percibe como anormal. Es decir, como si hubiera la posibilidad de una normalización no forzada y como si hubiera que normalizar algo.

constituir un *cuerpo hembra*², quien, destinado a encarnar a una mujer, luego de atravesar su infancia como niña, decide vivir como hombre; Alex, personaje principal, cuyo cuerpo es tratado con hormonas para crear una pubertad femenina; tratamiento que, en su encrucijada adolescente, comienza a rechazar. Proveniente de la película “*El último verano de la Boyita*”, tenemos a Mario, cuerpo nunca tratado, en tanto hubo en el pasado una ilusa promesa médica de crecimiento peneano, pero que en su pubertad emerge un cuerpo hormonal (menstruación/crecimiento de senos) que él oculta a la vista de los otros, ya que ese cuerpo emergente obtura su intención de ser reconocido como un hombre.

En “XXY”, Alex plantea la disyuntiva de un cuerpo intersex destinado a ser una mujer, vía el tratamiento hormonal, y el rechazo de ese diseño forzado, para expresarse en modos que, culturalmente, se adscriben a lo masculino viril: orinar de parado, entrar a golpes de puños con sus pares, gozar con su órgano penetrador. Si bien, esto último, ingresa en el relato su dimensión deseante como sus modos de gozar, inmediatamente esta temática es clausurada al ser transferida a otro escenario como a otro personaje.

Por un lado, aparece una excesiva mostración de los pechos hormonados de Alex como signo de la ambigüedad. Pero como signo de la ambigüedad de género, no como signo de la diversidad corporal sexual de la que nos habla Cabral. Esto debido a que la intersexualidad de Alex no se encuentra en esos pechos diseñados por la el discurso biomédico, se encuentra antes. Y hay una escena donde la diversidad sexual pudo haberse mostrado como tal, la escena donde Alex se mira frente al espejo quedando su entrepierna sumergida en las sombras. Ahí hay un retroceso, un quedarse en el umbral que la película no se anima a traspasar. (Si bien no latinoamericana, recomiendo ver “*Gräns*”, 2018, de Ali Abbasi).

Podríamos pensar que es poner en juego en los espectadores el morbo de ver un cuerpo intersexual, de equiparlo al morbo del padre de Alex, al quedar fisgoneando el acto sexual donde Alex aparece como penetrante; o equiparlo al morbo de ese grupo de jóvenes que, al enterarse de la condición de Alex, acceden violentamente a mirar la diversidad corporal, dando paso a un intento de violación. Ante la ambigüedad de género, aparece el prejuicio homofóbico; ante la diversidad sexual, aparece el intento de violación. Dos respuestas que son, en un punto, una asignación de género forzada. Lo que hace dudar de ese recurso de superposición de morbos, es precisamente la insistencia de esos senos a medio camino y el no animarse a traspasar esa sombra a la que reduce el cuerpo intersex (retengamos esto).

El acto sexual de Alex revela la incertidumbre que presupone confrontar con un cuerpo (el que sea), al no poder tener un cálculo certero sobre de qué goza ese otro cuerpo. El partenaire sexual de Alex, accede -no sin conmoción- a asumir la verdad de su propio goce (ser penetrado). El problema, radica acá, por un lado, que reducir la cuestión intersex a la lógica de la penetrabilidad, la desplaza a una cuestión de género, como bien nos advierte Cabral. Y que luego, en la película, centra la problemática de cómo gozar de un cuerpo -problemática que toda y todo púber atraviesa- en la conmoción del partener de Alex, Álvaro, y su

² Cuerpo femenino, cuerpo mujer son categorías ya marcadas por el género.

descubrimiento de un goce anal por él no sabido. Es decir, que se produce una transferencia de esta encrucijada, un desplazamiento por fuera del cuerpo intersex, en un drama de género bastante banal.

Es interesante que, en “XXY”, el único cuerpo intervenido quirúrgicamente, el de Juan, tiene una resolución que peca de cierta ingenuidad. Cuando el padre de Alex lo va a consultar sobre su situación, Juan le cuenta su historia: varias operaciones, vestidos de niñas, el momento que decide asumir su identidad masculina, y, como corolario, la adopción de hijos. En el énfasis de este último punto, es donde radica el problema. La intersexualidad no se reduce a una cuestión de no poder reproducirse, ni de paternidad o maternidad. Esta escena, puede llevar a pensar que la realización del intersexual operado quirúrgicamente, es poder acceder la procreación coartada. En la resolución que se le da al personaje de Juan, vemos nuevamente filtrarse el prejuicio de la penetrabilidad, y su subsidiario de la procreación. Prejuicio que, hay que reconocer, tenemos profundamente arraigado.

Mauro Cabral, pone de manifiesto que en la intersexualidad de lo que se trata es de cómo gozan esos cuerpos intersex, y si el mundo está preparado para asumir el encuentro erótico con un cuerpo diverso. Unas de las aristas de la experiencia intersexual son los posibles goces de un cuerpo intersex, sobre todo si está intervenido quirúrgicamente y cómo se puede gozar con él, intervenido o no. Por ello, no todo acaba en abolir las operaciones compulsivas ni de intervenir hormonalmente, sino que el desafío es cómo se introduce el cuerpo intersex en la economía libidinal del entrecruzamiento de los cuerpos. Siendo necesario asumir, por parte de todos, la diversidad corporal sexual como su condición de cuerpos gozantes.

Si bien este punto, “XXY” lo muestra en el acto sexual de Alex, lo desplaza a una cuestión de género al poner el énfasis el rechazo del rol femenino que se le intenta imponer, para poder expresarse sin recurrir al binarismo (“¿y si no hay nada para elegir?”).

El padre de Alex, dice “*nunca va a ser una mujer, por más que se le corte lo que sobre*”. Ese “*lo que sobre*”, es precisamente donde radica parte del goce sexual de Alex. Por lo cual, el padre es un subsidiario del discurso biomédico, en tanto que la interrogación sobre el goce sexual queda elidida.

En “*El último verano de la Boyita*”, el personaje de Mario es, en un punto, la inversión de Alex. En este púber, claramente identificado con la virilidad y que busca acceder, mediante un rito de iniciación, al mundo de los hombres (su lucha por el género), comienza a emerger un cuerpo hormonal hembra. Esto lo lleva a aislarse de la mirada familiar, fajándose el pecho para ocultar esos senos que aparecen como exceso en el cuerpo y que, en contraposición a “XXY”, no se muestran nunca. Lo que aparece como signo indeleble del cuerpo intersex, signo que igualmente Mario trata de eliminar, es la sangre menstrual: él es un niño que menstrúa. El cuerpo intersex no se deja a la ambigüedad, y *no es necesario mostrar sus genitales*. La sangre es la marca de algo que excede y disloca el cuerpo.

Y lo interesante del personaje de Mario es que, al toparse con un partener no cargado *aún* de prejuicios patologizantes, él puede interrogar su cuerpo sin que se le vuelva una pesadilla. Si bien reconoce que él no es como los cuerpos modelos de los libros de anatomía que le muestra Jorgelina, no vemos el retorno de la vergüenza del Otro social, familiar, etc., en la injuria del autoreproche. Tal como le pasa a Alex que, y este detalle es sutil, cuando tiene la posibilidad de confrontar con un partener, Álvaro, que trata de comprender lo obtura con “*ya sé que soy un monstruo*”, poniendo en acto para sí lo que los padres depositaron para su destino. Alex es fiduciaria de la vergüenza de sus padres.

Tampoco es que Mario lleva la mejor parte. En ambas películas, el discurso médico aparece como un saber ineluctable sobre ese cuerpo, saber que apunta a una *intervención de diseño forzada*. En el caso de Alex, un saber que intenta avasallar toda posibilidad de decidir sobre su cuerpo, excluyendo su goce sexual; en el caso de Mario, el saber que devela al Otro familiar su condición, provocando no sólo la violencia física del padre, sino la segregación del sistema social al que quiere pertenecer.

Alex rechaza el diseño de su cuerpo por parte del Otro, queriendo manifestarse por fuera de toda elección forzada propia binarismo sexual. Pero se nombra, y sin modular el valor de la injuria, como el Otro la nombra: un monstruo. Mario quiere ser reconocido como hombre, por lo cual él intenta diseñar (fallidamente) su cuerpo ocultando y eliminando aquello que contradice el canon de ser hombre. Ambos, podemos sospechar, comparten un destino trágico.

Mauro Cabral, en el texto “*Interdicciones*”, revela los efectos que se producen en el discurso del Otro social, familiar, jurídico, biomédico, cuando confrontan con un cuerpo que interpela ese “*fondo cultural común*” (2009, pág. 07) acerca de los cuerpos sexuados. Efectos que se redoblan sobre ese mismo cuerpo al quedar desalojado de la economía erótica humana. Para hacerlo ingresar, El Otro biomédico/jurídico/social/familiar pone en acto un *diseño forzado del cuerpo* (vía operaciones quirúrgicas u hormonización), haciéndolo encajar en aquella anatomía que se concibe como socialmente deseable. Ingreso al canon, en la mayoría de los casos, bajo la lógica de la penetrabilidad con todo el sesgo de pasividad de género que ello implica. Porque si hay que diseñar un cuerpo, obviamente, tiene que ser cuerpo deseable y no deseante. Hay la manipulación material del cuerpo, *ergo* hay la exigencia a adecuarse a un rol tipificado de género.

Los orificios del cuerpo, son de gran importancia para el psicoanálisis (Freud, S., [1915]), ya que alrededor de ellos se constituye gran parte de la dinámica de goce pulsional de los cuerpos (sea cualquiera el vector que tomen dichas pulsiones). Un comentario de Cabral, es revelador al respecto. Cuando al cuerpo intersex se le hacen nuevos orificios y éstos resignifican el resto, surge la pregunta “¿*hay agujeros intersexuales?*” (2008, pág. 119).

En el armado de nuestro mapa erótico (siempre en pugna y en metamorfosis), se hace lo que se puede con el cuerpo que uno dispone. El cuerpo, no sólo el psicoanálisis lo pone en evidencia, es algo que se tiene,

no se es un cuerpo. Y no va de suyo tener un cuerpo, más bien cada uno/una debe apropiarse, en el mejor de los casos, de un cuerpo. El problema en la experiencia intersex no radica, entonces, cuando ese cuerpo viene con las marcas de la *posibilidad*, que se ponen en juego en las infinitas posibilidades de identidad sexuada; tampoco cuando ese cuerpo viene con las marcas de la *contingencia*, por ejemplo, una discapacidad, un accidente o, incluso, una mala praxis. El problema es cuando ese cuerpo es un palimpsesto en el cual se ha borrado la diversidad corporal y se ha rescrito la binaridad sexual. Dejando el estigma indeleble de la “*certeza implantada*” (Cabral, M., 2008, pág. 115) del Otro, lo que es sinónimo de la locura perversa del Otro.

A modo de conclusión, podemos pensar que cuando se habla de él, se corre el riesgo de desplazar la problemática intersexual hacia una cuestión de género, donde la lucha con los discursos hegemónicos es lo central. En cambio, cuando se habla desde él, aparece en primera plana el aspecto ético de las *intervenciones de diseño forzado* por parte de dichos discursos. Ya no es una cuestión de género lo que está en juego, sino la intrusión de la locura de Otro cuyos efectos devastadores se inscriben en los modos de gozar de los cuerpos intersex.

Bibliografía

Cabral, M. (2009) *“Interdicciones – Escrituras de la intersexualidad en castellano”*, Ed. Anarrés, Córdoba, Argentina.

Freud, S. [1912] (1979) *“Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II)”*, en *Obras completas, volumen XI*, Ed. Amorrortu. Bs. As., Argentina.

[1915] (1979) *“Pulsiones y destino de la pulsión”*, en *Obras completas, volumen XIV*, Ed. Amorrortu. Bs. As., Argentina.

Lacan, J. [1959] (1997) *“El Seminario de Jacques Lacan – Libro 06 – El deseo y su interpretación”*, Ed. Paidós, Bs. As., Argentina.

[1962] (2006) *“El Seminario de Jacques Lacan – Libro 10 – La Angustia”*, Ed. Paidós, Bs. As., Argentina.